

# El Húsar de la muerte

Se acaba de exponer en Santiago, en la sala La Retreta de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, la película "El húsar de la muerte", filmada en 1924, con Pedro Sienna en el papel del guerrillero que "de togas partes viven". El film está apoyado por la creación retrospectiva de la odisea y la epopeya del cine nacional, una auténtica gesta que aun no se ha comprendido por entero. El propio Pedro Sienna ha recordado en qué condición de quimera y de ilusión se realizaron las valientes películas chilenas de otro tiempo.

Los locales de los "estudios" (cuando los jefes) —pensará Sienna en su nostalgia—, eran altas que por su disposición y traza no pasaban de constituir un rincón de patio, galpón, antigua caballeriza o lo que fuera. Se les llamaba "salones". Todo imprevisto y todo insuficiente. Para las escenas de interiores se arreglaba el decorado con bastidores tablados de panel flotado. Buenos chascos nos llevamos al principio con el dichoso papel: Los rojos salían negros y los azules se veían encima, pero luego desgubiamos la cromática fotográfica y al papel flotado lo rechamamos para altas.

¿Iluminación? Prácticamente "a giorno". ¡A pura luz del día! Graduábamos su intensidad con un toldo de sábanas. ¿Reflejadores? Conseguiamos prestada una lámpara de arco, cuyos carbones nos fallaban a cada rato. Los reflejadores favoritos, los negros, eran otros, unos cuartos grandes, cuadrados, refregados con polvo de aluminio. En ellos proyectábamos la luz solar y la proyectábamos sobre la escena para obtener efectos luminosos sa-

plementarios. Los cartones se almacenaban sobre una silla coja, pero cuando se ponía el vestuario era preciso que los sostuvieran una visita de buena voluntad. Bala vista gritaba casi siempre: "Guarda, que viene una bomba", y se paraba inmediatamente la filmación hasta que la noche le diera la gana de retirarse.

La pobreza de elementos de laboratorio para el revelado y copia, abundaba por las mismas. No teníamos noticia de que existían reveladoras automáticas. Se ponían los metros de película en unos bastidores y cuando había apuro en

secarlas el director del film lo ordenaba a su ayudante: "Toma este bastidor y dale un paso en cerro arrabal". El ayudante salía a dar una vuelta completa en el imperial de los tranvías de ese entonces, con el bastidor amarrado como un estandarte, y regresaba con la película perfectamente seca. ¿A qué seguir dándole? El director tenía que ser una especie de hombre-orquesta. Nos correspondía a todos hacer el argumento, maquillarnos para protagonizarlo, compaginar las escenas, pegarlas y hasta bajar en la oficina, porque no sabía quién lo hiciera.

En 1923 Jorge Díaz estaba filmando "Juro no volver a amar". Necesitaba un dormitorio "solo y así", de mucha fecha, pero no tenía un sobre para montarla. Andaba desesperado. De repente, ¡oh bendita Providencia!, pasó casualmente frente a la museística Lila, instalada en Paseo centro. En una expléndida vitrina se exhibía un dormitorio guardado amueblado y Díaz no dudó un instante. Era el ideal para su escena. Pidió permiso, se lo dieron, y al día siguiente instaló su cámara en la acera y filmó las escenas que precisaba en la vitrina, a través del vidrio. Desde los balcones de las casas de enfrente, los amigos de buena voluntad actuaron con los reflectores de cartón. En la vitrina, en el dormitorio, pasaba la actriz Stella María. Su galán, un joven oficial que llegó a la más alta jerarquía castrense, tuvo que desfilar en público con heroísmo militar y luego vestirse en la carreta, mientras los policías que aún no eran carabineros, los famosos "paños azules", espantaban en la calle a los curiosos.

¿Cosas para la vida? Tal vez. Pero no es para que se rían, señala Pedro Sienna, que cojo al azar estas anécdotas. Lo hago porque pintan mejor que nada el fervor y el espíritu de sacrificio que animó a los pioneros del cine chileno. Y no eran hechos aislados. Eran el pan de cada día.

Así se hicieron las películas de andarín, como la de este gallardo héroe de la muerte que todavía admira en la pantalla a los ojos de un previsible profeta de su eterna valía, de lo que habrá que hacer y descubrir para lograr el fin, cosa una bazaña.

Libros y documentos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1971

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El húsar de la muerte. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)